

¿DÓNDE QUEDARON LAS VIRTUDES DEL CIENTÍFICO?

Los datos, de un lado, y de otro en relación con la labor del científico, llevan a preguntarnos si no es necesario que él, como sujeto moral, deba tener alguna responsabilidad, o si es la “ciencia por la ciencia”, en “la sociedad del conocimiento”, lo que hoy marca la pauta.

Las constantes denuncias que han enmarcado la investigación científica sobre el fraude de los procesos investigativos, desde el inicio hasta el final, en las que se hacen explícitos los resultados y su aplicación, han puesto en evidencia y amenaza a la ciencia, a las instituciones, a los estados y a la propia persona del científico.

El científico, cuestionado hoy por su actuar, se lleva por delante el respeto a la persona humana cuando pretende manipular una vida, en supuesto beneficio de nuevos hallazgos que mejorarán otras vidas: como en los “beneficios”, aún no evidentes, de la mal llamada “clonación terapéutica”, o en la experimentación con células madre de embriones humanos, que se convierten en desecho o se ponen en situación de peligro.

También manipula cuando pone en riesgo, o intimida bajo presión, a los sujetos de investigación; cuando altera la información y muestra resultados falsos de una supuesta investigación; cuando modifica el material para la investigación y no lo hace explícito; cuando adultera toda la información posible e inimaginable, como si la hipótesis hubiera sido trabajar sobre la falsedad.

El “caso surcoreano”, que ha alarmado de nuevo a la comunidad científica, a los estados y a la sociedad en general, no es sino una muestra tangible del afán de la ciencia por la ciencia, del poderío económico que allí se esconde o “prima”, del afán de reconocimiento, de la novedad. Los procesos de verificación de resultados son débiles. El afán de tener el último avance, el último *hit*, hace caer a todo el mundo: a respetables revistas científicas, a la academia, a las

instituciones y a los estados, que entran en el juego o en la ingenuidad crasa de enaltecer a las personas y darles un reconocimiento por sus supuestos hallazgos, sin la validez de los mismos, sin que se haya tenido un proceso sereno de evaluación y verificación. Por eso, no se puede desestimar la lógica del refrán que dice “de eso tan bueno no dan tanto”, y engrandecer a estas personas y sus hallazgos, sin pasar por los más rigurosos análisis, confrontaciones y validación.

El “caso surcoreano”, actualmente en investigación de toda índole, jurídica, académica y penal, ha mantenido en vilo a la comunidad científica. De todas maneras, el investigador, como persona humana, merecerá el respeto y consideración necesarios para que pueda dar cuentas a la comunidad mundial de los hechos y que haga la rectificación necesaria, que por su gravedad se requiere con urgencia.

Sin embargo, lo que se vive hoy inunda los campos del saber en todas las esferas: la manipulación de la información, la falsedad de datos, la falta de seguimiento en la investigación, la subordinación y presión que viven los grupos de investigadores a la sombra de un líder, la pasividad de la que son sujetos los comités de ética en investigación, que en muchos casos se constituyen como requisito, pero que ni los dejan actuar o en algunos casos ni siquiera saben cuáles son sus campos de acción. No es sino que miremos adentro, desde lo pequeño, para saber qué bases y cimientos tenemos de la investigación científica.

Igualmente preocupa la manipulación que se hace a los países en desarrollo, los cuales se vulneran y manosean en los procesos investigativos, por decir lo menos, cuando quieren introducir, por ejemplo, nuevos medicamentos, y se idean investigaciones ya probadas en otros países, con el único aliciente de comercializar un producto y vender la utopía, a los que participan, de que están investigando.

En no pocas ocasiones las comunidades académicas, con el ánimo de ingresar a los grupos científicos, generan líneas de investigación que carecen de profundidad. Podemos ir de lo macro a lo micro, para develar paso a paso cómo la investigación científica resulta constantemente vulnerada por falta de escrúpulos y rigor científico, donde el poderío económico es quizás el mayor afán de la ciencia.

No bastan declaraciones universales o consensos, no basta que el Estado, en su política, trate de regular la investigación científica; es necesario repensar que es verdaderamente la ciencia, y quienes en su fuero interno deben ser los científicos, como sujetos morales, los que en su saber exalten las más altas cualidades del hombre de ciencia virtuoso: competente en su campo, riguroso en su quehacer científico, que sepa poner en la justa medida sus intereses económicos y de reconocimiento científico, honesto durante todo el proceso de la investigación, responsable de las consecuencias de su quehacer científico, prudente, respetuoso de la vida en general y de la vida humana en particular, pues en esa vida humana hay un ser trascendente, poseedor de una dignidad que lo hace garante de nuestro mayor respeto y solidaridad.

El científico tendrá que replantear su actuar, y quienes hacen ciencia, verificar si es que esta ha dejado de ser ciencia y se ha convertido en técnica, o si para tener la categoría de ciencia, en ella debe estar inmerso el humanismo. El científico no puede quedarse aislado en su propio mundo y afanes, desconociendo su responsabilidad con una sociedad que le brinda apoyo y que confía en él, hasta tal punto que se olvida de verificar realmente sus hallazgos y la pertinencia de los mismos.

Los sucesos últimos, “en cabeza del caso surcoreano”, no deben ser vistos como hechos aislados de países más desarrollados, pues a todos nos competen. Es necesario un esfuerzo exhaustivo para verificar: ¿qué estamos haciendo?, ¿cuáles son nuestras políticas en este sentido?, ¿cuál es el estímulo al científico?, ¿cómo la sociedad valida y hace seguimiento a su quehacer? Muchos están aislados en sus

propios núcleos de trabajo, sin dar cuenta a la sociedad de lo que hacen. Las universidades y las instituciones de toda índole deben evaluar con responsabilidad a sus grupos de investigadores, a los jóvenes que surgen, a quienes les están dando el aliciente de investigar. Asimismo, deben tener la rectitud de saber cuáles son sus aliados, y reflexionar sobre si, al igual que muchos, están cayendo en la quimera de que sus mayores objetivos sean lograr un mayor poderío económico y vanidad intelectual.

Es necesario que la investigación científica continúe su arrollador develar, para bien de la humanidad, pero es hora de que todos, responsablemente, tomemos cartas en el asunto.

Persona y Bioética, en este número, aborda a través de los autores la atención del paciente al final de la vida, desde el cuidado paliativo. Asimismo, continúa en su esfuerzo de lograr llegar a la comunidad académica, y a la sociedad en general, con una mirada profunda sobre la problemática del aborto, la cual en nuestro país, Colombia, ha suscitado un gran debate, en el que se percibe, en no pocas ocasiones, falta de análisis, opiniones basadas más en sus propios intereses y en una mirada pragmática y utilitarista, sin salvaguardar el respeto a ese otro incapaz e indefenso.

No hay afán del Estado en buscar soluciones, por otra vía, a los problemas que se plantean como justificados para acabar con una vida humana. ¿Dónde están las soluciones solidarias y respetuosas a la vida? Y lo más grave aún: desconcierta que algunos de los más reconocidos entes académicos, que han sido ejemplo y guía para muchas generaciones de médicos y deben ser garantes de la ética profesional, se suman a la lista de quienes consideran que hay “circunstancias” en las que *no se debe respetar la vida humana*, con argumentos que dejan entrever falta de profundidad de análisis y rigor científico a la hora de emitir sus conceptos sobre este tema, aun contradiciendo sus principios fundacionales.

María Helena Restrepo R.
mariah.restrepo@unisabana.edu.co